

## El Quijote y el pensamiento moderno

[Publicado como El Quijote y el pensamiento moderno, Turia, 73-74, III-V 2005, pp. 162-175]

La imagen de Don Quijote constituye uno de los grandes símbolos del tránsito a la modernidad, una figura que cabalga a lomos de dos épocas: una que, aunque ya se ha ido, permanece todavía en el universo simbólico y otra, que se plasmará en una nueva forma de pensar y de sentir, que aún no acaba de cuajar, que se tomará todavía un tiempo largo antes de terminar con el interregno del barroco. El discurrir quijotesco, sin duda ninguna, es una meditación melancólica sobre lo que se pierde al ganar un mundo nuevo y un homenaje sostenido y vibrante a los ideales morales que están o deberían estar por encima de las erosiones del tiempo. La confrontación de Don Quijote, y de su verdadero alter-ego Sancho Panza, con las distintas novedades que superan el mundo coherente y cerrado de los libros antiguos (ese legado de sabiduría que durante siglos se había hecho sinónimo de educación) es también uno de los primeros y más profundos análisis de las paradojas y problemas que vendría a plantear la emergencia de la época que amanecía por entonces y que ha sido, en muy buena medida, la nuestra.

Gracias a su escritura rotundamente innovadora e incitante, a su decidida vocación polifónica, la obra cervantina ha ejercido una larga y compleja influencia en todos los ámbitos de la cultura a través de muy numerosas y divergentes lecturas, lo que le otorga un papel especial en el desarrollo del pensamiento moderno y, muy específicamente, en la formulación de una determinada idea de nuestra identidad como españoles. Pero, además de representar una de las imágenes más conocidas del arquetipo ideal de lo español, el Quijote es un símbolo perenne y universal de la tensión que se plantea entre las exigencias del idealismo moral y las dificultades de la vida práctica y una especie de catálogo profético de las perplejidades y contradicciones que una vida crecientemente compleja plantea necesariamente ante cualquier conciencia libre, reflexiva y atenta. Las andanzas y opiniones del Quijote han sido recibidas como emblemas de una sabiduría escasamente convencional, escéptica (en el sentido barroco del término) y esforzada a un tiempo, y han pasado a formar parte del legado cultural de la conciencia moderna.

La obra de Cervantes es de una riqueza conceptual inmensa y ha ejercido poderosas influencias en diversos sentidos. En junio del año pasado me cupo el honor de organizar un Congreso en Barcelona en el que se analizó con cierta minuciosidad buena parte del rastro quijotesco que encontramos en mucho de los grandes protagonistas de la historia del pensamiento de los últimos cuatrocientos años y la influencia que la obra cervantina ha ejercido en las distintas épocas históricas o corrientes de pensamiento (desde el Barroco y la Ilustración al Romanticismo, el Psicoanálisis, la Fenomenología, o la reflexión sobre la Postmodernidad). Las líneas que siguen son una reflexión personal al filo de las muchas perspectivas que se analizaron en ese Congreso.

La influencia de la genialidad cervantina sobre muy diversos autores está absolutamente fuera de duda: grandes escritores como Fielding, Sterne, Goethe, Dickens, Dostoyevsky, Turgueniev, Twain, Pérez Galdós, Kafka, Unamuno, Azorín, Auden, Borges, Kundera o Trapiello no se han recatado en remitirse a nuestro hidalgo en su forma de entender los valores de la escritura y el papel de los ideales en la vida de quien escoge la aventura de pensar y escribir antes que la senda más trillada de cualquier vida más o menos común. La forma cervantina de explicarse sobre los intrínquilis de la vida, la novela, ha favorecido una influencia más universal y más plural de sus palabras que la que hubiese alcanzado cualquier ensayo o tratado moral. Como escribió Ortega, “lejos, sola en la

abierta llanada manchega, la larga figura de don Quijote se encorva como un signo de interrogación”, una pregunta que afecta a muchas de las controversias típicas del pensamiento moderno.

Esa capacidad de interpelación que tiene el Quijote se acaba siempre imponiendo a lo que una primera impresión podría sugerir, a la lectura de un libro de burlas sobre creencias del pasado. En ese camino el pensamiento de Quijote nos enfrenta con una inusitada fuerza a la cuestión de fondo sobre la realidad de las cosas, sobre el valor de la vida, sobre el alcance real de muchas de las convenciones e ilusiones con las que construimos nuestra existencia en este mundo.

Mucho se ha discutido sobre la relación entre Cervantes y el Quijote, sobre quién ha hecho a quién. En cualquier caso, es el texto quien a nosotros nos hace sentir y pensar lo que pensamos. La obra se ha independizado de su autor y corre poderosa y veloz de lector en lector dejando en cada uno átomos de exaltación y átomos de esa hiel que es la dulce derrota en que consiste la vida. Este equilibrio cervantino entre mieles y hiel es de lo más característico de la obra. Por más que haya peripecias y artificios en la vida y aventuras de Don Quijote no hay nunca exageración en sus palabras, todo es comedimiento, contraste. Nadie puede alzarse enteramente con el santo y la limosna de la batalla que se juega porque en los peores momentos de la derrota, Don Quijote, y Sancho, saben estar y sus reflexiones colocan en el lugar correspondiente la frivolidad del necio que parece estar haciendo burla de ellos o la supuesta superioridad de quien, aparentemente, les ha humillado. En esos espléndidos capítulos en que Don Quijote y Sancho se separan para ir Sancho a tomar posesión de su ínsula, en que ambos están detenidos en la tela de araña que a su alrededor han tejido los Duques, es admirable la dignidad y la contención con que ambos se comportan de manera que ellos ríen mejor porque se guardan la última sonrisa por encima de la intención burlesca de quien tiene poco que hacer porque se aburre siendo rico y poderoso. Don Quijote y Sancho dan a dúo una lección de dignidad, de auténtico señorío. Cervantes sobrepone siempre el empeño a la fortuna, la virtud a la suerte y la dignidad a la victoria.

El libro ha sido leído casi infinitamente y cada lectura (en cualquier momento de la historia y cualquiera de las veces que lo hayamos leído) arroja otro rayo de luz, un componente más que añadir a la luminosidad con que de siempre nos deslumbra. El descubrimiento del Quijote ha sido tarea larga en la que los ojos ajenos han sido probablemente más generosos que muchos de los propios. Es, sobre todo, a partir del romanticismo, a partir del momento en que se abre paso la evidencia de que ya existe una literatura moderna, que nada tiene que envidiar a los tesoros de los clásicos de la antigüedad, cuando nuestro libro cobra su pleno valor de obra canónica y excepcional.

Las razones por las que la obra cervantina es moderna no tienen mucho que ver con cierto estereotipo de la modernidad que, a pinceladas no siempre muy finas, han ido trazando los historiadores. Una caracterización bastante común de la modernidad en relación con los tiempos a los que cierra el paso insistiría en su carácter revolucionario y crítico, un signo de la modernidad que apenas ha envejecido si hacemos caso a los periódicos, en su negación del pasado, de sus supuestos y sus doctrinas y en su carácter emancipador. La cierta modernidad del Quijote se funda en muy otra suerte de consideraciones. Para empezar, no hay en el Quijote ningún reniego del pasado sino, cuando lo hay, una suave crítica a sus idealizaciones confusas o alicortas. El Quijote no

sale a cabalgar sin supuestos, al revés, es tanto lo que supone que su vida está forzada a la aventura y a la paradoja.

Lo primero que es rotundamente moderno en el Quijote es la escritura misma, su forma compleja y enormemente reflexiva de ser un libro. El Quijote es, en efecto, una máquina, un ingenio nada simple que su autor ha escrito muy conscientemente de lo que hacía. Cervantes es un autor, no un copista ni un comentarista ni un mero narrador de historias. El autor está siempre detrás de cada palabra que ha escrito aunque procure esconderse con diversos jeroglíficos sobre su paternidad y sobre la verdad de lo que cuenta o aunque a veces se deje llevar por la lógica de lo que narra o porque le embargan sus propios recuerdos de soldado y cautivo. Son las sutilezas de un libro que se sabe tal, que es verdadero siendo cómo es y que se dirige a un nuevo tipo de lector: a todo el mundo. Ya en el prólogo de la primera parte hace explícito Cervantes esta su condición de autor sometido al juicio de los más diversos lectores puesto que desea que "el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla".

Cervantes comienza siendo irónico cuando advierte en el mismo prólogo que su obra es "una invectiva contra los libros de caballerías" para añadir luego que ese es un asunto "se quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón", es decir que cae fuera de la jurisdicción de la cultura antigua y escolástica porque la aventura es un asunto esencialmente moderno que en los libros de caballerías queda prendido en un universo en el que resulta imposible sacarle su verdadero jugo. Tras la aventura de los conquistadores de tierras que se había hecho en los últimos cien años, Cervantes inaugura la aventura intelectual, la literatura que reflexiona sobre las acciones y las opiniones, sobre los libros y la vida, descubriendo un nuevo campo en el que se asentará toda la novela moderna. Obra de escritor y de escritor fundacional que está empeñado en la grandeza de su oficio y en su singularidad, advirtiendo del riesgo de perder el juicio si se pasan "las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio" (I, 1). Ese universo del libro para todos los lectores que Cervantes avista y crea, tiene sus propios mandamientos y a Cervantes seguramente le parecía que el primero de ellos es el de la amenidad para evitar, como advierte en el prólogo a la segunda parte, que menudeen los libros que "en siendo malos, son más duros que las peñas".

Al ascender a tema literario lo que acontece habitualmente en la vida ordinaria de sus personajes y de quienes les acompañan, Cervantes, como lo ha mostrado Close, abre un campo enorme a la literatura y concede rango narrativo a un aspecto de la vida humana que había sido desatendido en beneficio de lo épico o de lo extraordinario; de este modo, lo doméstico, lo cotidiano, lo muy de tejas abajo, queda convertido en asunto narrativo y en objeto de reflexión, una novedad decisiva frente a la mirada un tanto esquemática, solemne y aristocrática de la literatura previa. Ello le permite, además, profundizar en los aspectos problemáticos de la vida humana, reflexionar sobre lo que es costumbre, contrastar que vivimos a un tiempo en varias esferas de la realidad que no siempre se armonizan fácilmente.

Cervantes ha encontrado una nueva ruta a la escritura siendo como era un hombre de vida azarosa y de pasión por la lectura "aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles" (I, 9), alguien que puesto que "lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho" (II, 25). Esa unión de escritura y de vida es otro rasgo de indiscutible

modernidad que encontramos también en otros autores contemporáneos como Montaigne. Pero Cervantes no es un meditador encerrado que se dedique al soliloquio o al comentario de los libros antiguos, aunque Don Quijote los tenga siempre presentes, sino que es más propiamente un aventurero, un hombre que elogia sinceramente (a mi parecer y frente a lecturas a contrapelo) la carrera de las armas y la voluntad de vencer a la maldad y defender a la inocencia con la fuerza de su brazo, con su valor. Cervantes se jactaba de haber estado presente en "la más alta ocasión que vieron los siglos" (I, prólogo) y, conforme con ello, Don Quijote le advierte a un Sancho que tendría siempre a ser poltrón y temeroso (II, 8): "Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tíber? ¿Quién abrasó el brazo y la mano a Mucio? ¿Quién impelió a Curcio a lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a César?".

La ilustración de cuanto interesante se plantea con los recursos de la cultura antigua y medieval es continua, pero no se trata de ninguna exhibición erudita, sino de algo que está en la esencia del libro: la comparación de la realidad con las doctrinas, de las ilusiones con la vida cotidiana, de los ideales con la práctica más rutinaria. Esa tensión entre experiencia y teoría adquiere en el Quijote categoría de viga maestra y es uno de los elementos que permiten la modernidad y la polifonía del libro, una narración que no sólo dialoga con el lector sino con otros libros y, sobre todo, consigo misma, con la escritura que es un trasunto de la vida del verdadero autor, de Cervantes. De sí mismo hace decir Cervantes al cura que conversa sobre libros con el barbero que "es más versado en desdichas que en versos" (I, 6). Esa experiencia de una vida múltiple y dolorosa pero vivida siempre con esperanza y con ganas de vivir se vuelca en reflexión a través de la doble aventura de Don Quijote y de Sancho, y se convierte siempre en reflexión sobre sí misma, en gotas de sabiduría, en un escepticismo curioso y atento, abierto a la novedad, cuidadoso con lo que se cuenta pero siempre dispuesto a dejarse seducir por lo extraordinario, por lo que realmente dota a la vida de valor y de genio. Como le explica Don Quijote al Caballero del Verde Gabán (II, 16), "la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos".

La guerra es propuesta en el Quijote como imagen de la vida, puesto que, como muy pronto le advierte Don Quijote a Sancho (I, 8), "las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza" y esa ley del cambio de posición y del cambio de naturaleza es lo que da pie a la aventura, a la contemplación de lo maravilloso, a la reflexión sobre el ser y el deber ser. No hay, sin embargo, un Quijote belicista, todo lo que hay es un caballero convencido de que el bien puede abrirse paso en medio de las conjuras y de las maldades de quienes sojuzgan la vida y la libertad de los demás. En realidad, la batalla externa es un trasunto de la pelea interior, de la lucha del hombre con sus peores tendencias. Por eso es la voluntad exaltada, por eso se predica una suerte de cruzada contra el mal que no puede ser asumida por todos pero que es lo que da sentido a la caballería en que se enrola Don Quijote. Se trata de una esperanza que no es ingenua, que se sabe condenada al fracaso y al dolor, pues como le previene Don Quijote a Sancho para atemperarle la excesiva ambición (I, 10), "Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las a ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza o una oreja menos".

Cervantes, que ha sufrido lo indecible como cautivo, hace continua profesión de su creencia en la libertad y de su amor por ella. La libertad es un don de la naturaleza y del mismo Dios (I, 22), un don que es frecuentemente sometido a restricciones por la ambición y por la fuerza de los poderosos, de quienes no vacilan en disponer de las vidas ajenas para sus propósitos. Don Quijote es, en esto, pesimista, parte de que la propia fortuna (I, 16) "no se cansa de perseguir a los buenos", y de que también es perseguida la buena fama, porque (II, 2) "dondequiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia". En esta confabulación contra la virtud hacen su presencia fuerzas "mágicas", vale decir, incomprensibles, como lo son los abundantes enemigos que Don Quijote tiene siempre a punto para amargarle el ideal. Pero hay remedio contra esa maldición y es, desde luego, un remedio decididamente moderno. Se trata de la voluntad, del empeño, del esfuerzo, de la audacia, del no rendirse, porque, en último término uno ha de ser juzgado sólo por sí mismo y más por lo que quiere e intenta que por lo que consigue, que vendrá determinado muchas veces por consideraciones y circunstancia por entero ajenas a su voluntad. Por eso puede decirle el caballero a su escudero (II, 17): "¿Qué te parece de esto, Sancho? -dijo don Quijote-. ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo, será imposible".

El pensamiento político del Quijote está muy cerca de un radicalismo igualitario que es anterior a cualquier política o, por mejor, decir, que juzga de cualquier política en función de dos criterios muy simples, el de la libertad y el del mérito. La libertad, la libertad de los modernos de dedicarse a lo que se quiera sin que el poder público lo interfiera, es objeto de un merecido elogio de Don Quijote (II, 58), "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres". Aquí se ponen al mismo nivel la libertad moderna y la vieja idea de honra, tan viva todavía en el barroco español, dos ideales de vida que no son incompatibles para ningún caballero, que se complementan en realidad. El mérito es defendido por Don Quijote como la auténtica marca de distinción, como lo único que confiere alguna grandeza (I, 18): "Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro".

Concebir la vida como aventura, como viaje a la búsqueda de novedades fuera del universo cíclico de la propia aldea es otro destello de la modernidad del texto cervantino. Queda mucho por descubrir pero ya se sabe la manera de hacerlo, ya se sabe que hay que salir de casa y disponerse a reconocer lo extraordinario. El interés que manifiesta nuestro personaje por cuanto tiene que ver con la geografía, la astronomía, o ante las galeras y las técnicas de navegación es representativo de la afición de Cervantes por el conocimiento científico y tecnológico y es coherente con el grado de desarrollo que esas materias tuvieron en España y Portugal desde el Renacimiento, como es lógico dada la necesidad de conocimientos de este tipo que se precisaban para acometer con ciertas garantías las empresas de navegación de ambos países. No es casualidad, por ejemplo, que Don Quijote se enfrente en sus aventuras con nuevas realidades técnicas, con ingenios sorprendentes frente a los que expresa su admiración aunque sea por la vía paradójica del denuesto. Así sucede con la parrafada dedicada al artillería (I, 38): "Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que

un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque, aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierta de la tierra". La contraposición entre el hacer simplemente humano y el poder de la técnica ha sido durante los últimos siglos uno de los temas dominantes de la reflexión sobre la tecnología que ya se anuncia en el Quijote como uno de los factores que alterará significativamente el modo tradicional de vivir.

Don Quijote es un loco, pero no es un loco cualquiera, es un loco que confunde la realidad con ciertas fantasías suyas que son símbolos de una realidad más profunda que la realidad superficial, que son emblemas de un fondo moral que da sentido a la vida de quien quiere empeñarse en la dignidad, el valor y el bien. Por lo demás, como se subraya en varias ocasiones por Sancho y por terceras personas, Don Quijote es un sabio cuerdo que razona con verdadera acuidad, aunque pierda los papeles cuando se le habla de Dulcinea o de las cosas de la caballería. En cualquier caso, la actitud de Don Quijote frente a lo que se ha de tener por cierto está teñida por una epistemología que es conforme con su tiempo. La verdad se obtiene mediante expedientes de prueba que deben acometerse sabiendo cómo se hacen; en cierta ocasión, para vencer el escepticismo de Sancho que se empeña en ver meros frailes donde el caballero advierte "algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa", Don Quijote reprende a su escudero porque ignora el contexto, como ahora diríamos, y se remite a la prueba mediante la acción (I, 8): " Ya te he dicho, Sancho -respondió don Quijote-, que sabes poco de achaque de aventuras; lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás".

Por supuesto que toda fuente de verdad está en la experiencia, aunque esto es algo que ya era verdad para la gran mayoría de los pensadores medievales. Lo moderno es la manera de tratar con la experiencia, buscarla como criterio, establecerla conforme a unos procedimientos, como diríamos hoy, de verificabilidad. Así Don Quijote le advierte a Sancho, aunque le moleste mucho (y aunque la envidie un tanto) la manía del escudero en ensartar refranes, que (II, 21) "no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas". La experiencia sola no basta, sin embargo, hay que saber tratarla, saber lucrarse de ella porque (II, 26) "para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas", es decir que, lo mismo que la bondad está mezclada con la vileza, la verdad que vale tiene por fuerza que andar perdida entre palabras sin sentido o entre embustes y es menester esfuerzo y tino para sacarla a la luz del día.

El saber que haya de tomarse en serio tiene que tener alguna utilidad de manera que de nada sirve la mera repetición de clichés o de sentencias que no vengan a cuento. Así, nuestro caballero le hace notar a Sancho (II, 22) que " hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria". Por lo demás, el saber, es el único título que sirve para apartar de la vulgaridad, la única verdadera aristocracia, de manera que Don Quijote afirma

que (II, 16) "todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo".

En el orden práctico, Don Quijote ensalza la dificultad del propio conocimiento, en especial a la hora de tomar decisiones en los asuntos difíciles de la vida, en el gobierno, por ejemplo, de manera que le aconseja esa precaución cuando le instruye acerca de lo que ha de hacer al tomar posesión de la ínsula que le ha venido a las manos (II, 42): "Dispuesto, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, está, ¡oh hijo!, atento a este tu Catón, que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones. Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada. Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey, que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra".

Don Quijote es, en todo caso, autor de sí mismo, su conciencia precede a sus obras porque como iluminado que sabe quien es, es capaz de lanzarse a vivir conforme a la convicción de su yo íntimo, como diríamos ahora, de construirse a sí mismo. Su proclama al respecto es inequívoca y aparece muy pronto en el texto (I, 5): "Yo sé quién soy -respondió don Quijote-; y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías". También es moderna la búsqueda social de la confirmación de su ser, la búsqueda de la fama, algo que, cuando es percibido por Don Quijote, hacia el final de sus andanzas, con los Duques o en la llegada a Barcelona, llena a nuestro héroe de una íntima satisfacción, porque, al final, es la percepción de los demás quien confirma quiénes somos.

Don Quijote es únicamente hijo de sus obras porque carece de los dones que naturalmente le habrían hecho ser quien él quiere ser, porque no ha recibido por herencia ni de ninguna otra manera las condiciones de linaje o de corte que le convertirían sin esfuerzo alguno en un caballero. Carece de ese pasado y es consciente de que está fuera de ese tiempo pasado que habría podido facilitarle sus designios, pero está empeñado, como héroe moderno, en que su identidad dependa tan solo de su voluntad de ser, no de nada externo, ni de la naturaleza, ni de la tradición ni de la propia fama o de su posición social con la que ha de luchar hasta hacerse la suya propia. Don Quijote es plenamente moderno en esta su intención, es, casi, un constructivista, pero pese a serlo sigue siendo alguien atado a la vieja idea de ser de la tradición, lo que le presta esa contradicción esencial que finalmente se resuelve recuperando la cordura, volviendo a casa.

La exclusividad de Don Quijote como autor de sí mismo está en pie desde el principio hasta el final de la obra, desde su declaración, que acabamos de citar, en el capítulo quinto de la primera parte, hasta su pugna con las versiones adulteradoras del autor aragonés que menudean en la segunda parte. Ya a punto de llegar a su reconciliación con Alonso Quijano el Bueno, Don Quijote le dice a Sancho (II, 70) "No hay otro yo en el mundo" de manera que tiene que ser falsa esa historia que "anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata".

La derrota, que nosotros sabemos ha sido a manos del bachiller Sansón Carrasco, de, por así decirlo, la realidad que lucha por su cordura, pero que Don Quijote atribuye al Caballero de la Blanca Luna, va poniendo a Don Quijote en el camino de la reconciliación con su realidad más allá de sus aventuras y sus voluntades. En eso la ayuda de Sancho ha sido permanente y Don Quijote se lo reconoce con frecuencia. Así le dice (II, 56): "Muy filósofo estás, Sancho -respondió don Quijote-, muy a lo discreto hablas: no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía, pero no con la prudencia necesaria, y así, me han salido al gallarín mis presunciones; pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que puede, derribáronme, y, aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder, la virtud de cumplir mi palabra". En esta declaración quedan desnudas las últimas realidades, la fuerza de las cosas y el vigor de la propia palabra, de la decisión que uno toma; Don Quijote ha hecho lo que ha podido, lo ha intentado y sabe que su derrota no debe avergonzarle. Es artífice de su ventura, pero ha sucumbido ante la fuerza de las cosas, de la inevitable realidad, acaso por no haber sido suficientemente prudente, acaso por no haber hecho todo lo que pudiera haber hecho.

En el instante en que el final se acerca, como se acercaba el del propio Cervantes, Don Quijote reconoce la verdad suprema del difícil equilibrio entre su voluntad y aquello que no le está sometido, que le supera, que lo habrá de llevar a la muerte, a la definitiva gran verdad de la vida. Don Quijote, como tantos otros héroes de la modernidad desde Descartes a Kant, no ha perdido la fe, es un caballero cristiano, alguien que tiene la esperanza del que confía en que sus esfuerzos modernos por construir un mundo a la medida de sus deseos hayan, finalmente, valido la pena.

Un trasunto de esa tensión entre la mismidad definida por la voluntad de ser y de aventurarse y la mismidad socialmente definida es el que aparece en los análisis quijotescos de las relaciones entre señor y siervo, un tema hegeliano como señala Strozetski, y en la dinámica histórica de los linajes (de las identidades) a los que se refiere en diversas ocasiones nuestro caballero. Seguramente no habían escapado a Cervantes las polémicas sobre la licitud de la guerra y las nacientes discusiones sobre los límites del poder y sobre su fundamento efectivo más allá de la vieja doctrina que ponía en Dios el fundamento de cualquier autoridad legítima. Señor y vasallo, Don Quijote y Sancho, son un caso particular de esa tensión que Don Quijote resuelve con caballerosidad y Sancho con una lealtad que muchas veces considera insensata.

Don Quijote se empeña en apuntalar moralmente las relaciones entre caballeros y siervos porque sabe que todo lo que tiene que ver con la legitimidad del poder se ha vuelto problemático, porque adivina que el poder está en la victoria que sigue a la lucha y que un desequilibrio del poder tradicional, más una ausencia efectiva de Estado en grandes zonas de la realidad, habrá de ser cubierto por algo más que una caballería andante cuya decadencia y excentricidad muestra él mismo mejor que nadie. Ante estas cuestiones, Don Quijote parece saber a qué atenerse, pero no mantiene una teoría explícita, seguramente porque sabe como moderno que ya es, que hay cosas que no deben decirse (II, 6) "por no mezclar lo divino con lo humano".



Don Quijote es consciente de vivir en un mundo que ha entrado en un poderoso proceso de cambios y su biografía le ha de hacer forzosamente consciente de que no basta sólo el empeño individual, la fuerza del brazo, para poner algún orden en tamaño desconcierto. Pero Don Quijote no se mete en políticas, se queda en un plano mucho más radical, en el de las relaciones entre unos hombres y otros, en el análisis de la posición del individuo en un entorno social muy cambiante. Su pensamiento se expresa con claridad a la hora de analizar la dinámica de los linajes (II, 6): "a cuatro suertes de linajes, y estadme atentas, se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son éstas: unos, que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo y dilatando hasta llegar a una suma grandeza; otros, que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros, que, aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta, como pirámide, habiendo disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respeto de su basa o asiento no es nada; otros hay, y éstos son los más, que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin, sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria".

A esta ilustración sobre la dinámica histórica le sigue en el discurso una afirmación clara acerca de cuáles son los procedimientos para alterar el curso del propio destino en el seno de esa tendencia general al cambio, las formas en que el esfuerzo personal puede lograr algo en el sentido de permanecer en la cumbre o en el de ascender a ella. Para Don Quijote (II, 6) es claro que sólo hay dos caminos, el de las armas y el de las letras. Este discurso quijotesco está chapado a la antigua pero es de fondo moderno: las armas no requieren mayor explicación, pero las letras pueden ser entendidas no sólo en el sentido de la erudición, sino en el del ingenio, en el de la aplicación del saber a la conquista y la legitimación del poder. Poder, pues, de las armas y de la inteligencia.

Un episodio en el que se muestra claramente el poder de la inteligencia y su contraposición a una fácil explicación milagrera y casuística es lo que acontece en el capítulo que narra los sucesos acaecido durante la celebración de la boda de Camacho. Allí se nos cuenta cómo triunfa la estratagema tecnológica de Basilio para poderse casar con Quiteria en presencia misma de quienes habrían hecho cualquier cosa para impedirlo (II, 21): "Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso, los echó la bendición y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el cual, así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, a quien servía de vaina su cuerpo.

Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces, comenzaron a decir:

-¡Milagro, milagro!

Pero Basilio replicó:

-¡No "milagro, milagro", sino industria, industria!

El cura, desatentado y atónito, acudió con ambas manos a tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro que, lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía; preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase". La industria es profetizada aquí como poder naciente, como fruto de la inteligencia, como hija de las letras.

Cervantes escribe en una época que nosotros consideramos ya plenamente moderna pero su criatura literaria testimonia la lentitud con que proceden los cambios en la mentalidad de los sujetos de una historia vivida que nosotros ya contemplamos hecha. De cualquier

modo, la modernidad esencial de la epopeya quijotesca está en su enorme capacidad para decirnos cosas que se ha mantenido y acrecentado mientras ha acabado por asentarse un mundo en el que los Clavileños no son embustes y en el que las batallas entre gigantes son algo más que imaginaciones de un hombre fuera de sus cabaes.

El Quijote es una lectura moderna porque sigue teniendo cosas que decimos y porque, tanto su figura como la de Sancho, han conservado la frescura, no se han momificado ni se han hecho de cartón piedra, pese a lo difícil que le han puesto las cosas el exacto cumplimiento de la singular y certera profecía de Sancho Panza, (II, 71): "-Yo apostaré -dijo Sancho- que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón, o tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas".

Las precisas palabras de Sancho describen bien lo que ahora es una extensa iconografía popular que trata de ser símbolo de una cierta manera de afrontar la vida. Pese a ese tremendo experimento, que muy seguramente podría aniquilar cualquier buena historia, el Quijote sigue siendo un libro incitante porque nos habla de algo que tiene fuerza sobrada para superar la máquina trituradora de los tópicos, de la trivialización y de la caricatura, porque nos obliga a enfrentarnos a solas con el único asunto importante de la vida.

**José Luis González Quirós**  
Instituto de Filosofía, CSIC, Madrid